

para volvernó al paganismo que hacerse adorar, y en efecto hay muchos que la adoran. Sí, en un mundo cuyas costumbres no podría pintar mi palabra desde el lugar en que me hallo, ha vuelto á levantarse el ídolo de la carne despues de diez y ocho siglos de cristianismo; ¡y ella halla adoradores!

Y aun aquellos que con el reinado del verdadero cristianismo reconocen todavía la soberanía del espíritu, no dejan de ser muy á menudo los muy humildes y muy obedientes servidores de la carne. Hay un mundo cristiano que tiene horror á la austeridad cristiana: la molicie de nuestro tiempo se deja ver de todas maneras; y la vida contemporánea se ha hecho muy extraña en el punto de vista en que nos hallamos. En Paris, tres meses de placeres, de fiestas, de espectáculos, de saraos, de danzas, de grandes banquetes, todo para el mas grande honor y satisfaccion de la carne. Otros tres meses para restablecer en las brisas de la playa y templar de nuevo en las olas del mar una carne ablandada en la atmósfera de los placeres y alterada con el contacto de los goces de la tierra. Otros tres meses para buscar, como las aves que huyen del aquilon, soles calientes y climas sin rigores. Lo restante, pasado sin hacer nada, meciendo su pereza en dulces ocios, y atrincherándose en el fondo de su vivienda contra la injuria de las escarchas. Tal es, Señores, la órbita afortunada en que hace su revolucion anual la vida contemporánea de muchas gentes; primavera eterna, en la que todo está arreglado, no por la providencia de Dios, sino por la molicie de los hombres, para que el cuerpo no encuentre ni una privacion que le afecte, ni un soplo que le dañe.

Pues bien, despues de tantas contemplaciones, industrias é invenciones imaginadas por el talento de este siglo para conservar al cuerpo su savia, su flor, su belleza, su fuerza, viene la austera cuaresma con sus rigores siempre mas suavizados: para soportar el peso del ayuno todos los cuerpos son demasiado débiles; y la minoría bastante robusta para aceptar esta carga estrechándose cada dia mas, es considerada por nuestro siglo como una especie de raza atlética, y su austeridad como una virtud heroica cuya imitacion debe en adelante renunciar el comun de los cristianos. ¡O progreso! Y mientras que en los decaimientos de la carne perece cada dia el ayuno, ¿cuál es la suerte que se reserva á la abstinencia? En otros tiempos, cuando la

austeridad cristiana estaba en su vigor, dicen que el vegetal solo bastaba para hacer vivir setenta años; y á nadie le venia la idea de que el comer la carne de los animales fuese para el hombre una condicion de vitalidad. ¡O tiempos! ¡ó costumbres! La Iglesia católica pidiendo durante el año una aplicacion de la ley de mortificacion, dice á los suyos: « Dos dias de la semana no comeréis la carne de los animales. » Y en muchos lugares en que el progreso del siglo ha pasado mas adelante, ya se reduce á un solo dia la ley de la abstinencia: ¡un solo dia de los siete no comer carne! La Iglesia católica se atreve todavía á pedirlo, pero nuestro siglo no se atreve ya á cumplirlo, y responde: *imposible*. Id á ver á los cristianos sentados el viérnes al rededor de la mesa á la que van á sentarse aquellos que reconocen la obligacion de honrar con una abstinencia la memoria de su Dios crucificado: ¡qué mofas de la ley de la Iglesia y de la pasion de Jesucristo! La prevaricacion se ha supuesto de tal modo ser un hecho universal, que ni siquiera se tiene cuenta de la posibilidad de una excepcion: cristianos imponen á cristianos y católicos á católicos la necesidad de quebrantar su ley y ultrajar á su Dios. Así lo quiere el siglo, y el festin no está preparado sino para los profanadores de la ley de Jesucristo. Y si aparece allí un cristiano de los dias antiguos que con su abstension se atreve á protestar contra la violacion universal, se le mira con sorpresa á ese aparecido de otra época; y todos los discípulos afortunados del progreso sensual dicen con admiracion: ¿Quién es ese bárbaro que puede vivir todo un dia sin comer carne? ¡O progreso!

Vosotros decis tal vez al oír este discurso: « Usted olvida que nuestros cuerpos no tienen ya el mismo vigor que tenían en otro tiempo. » ¡Ah! vosotros teneis razon; nuestros cuerpos no tienen ya el vigor que se veía en nuestros cristianos de los dias antiguos; lo concedo, y estoy muy léjos de olvidarlo; pero pregunto: ¿Cuál es la causa de esta diferencia? ¿porqué sois vosotros ménos robustos que vuestros padres? ¿y porqué vuestros hijos dan muestras de que serán todavía mas débiles que vosotros? Ahí está la cuestion. ¿Porqué vuestros cuerpos van debilitándose de dia en dia? Porque al rededor de vosotros todo conspira para hacerlos flojos y enervarlos mas y mas: porque la atmósfera en que viven y se desarrollan es una atmósfera esencialmente enervante: porque en fin quitais de dia en dia á los cuerpos,

como trabajais para quitar á las almas, el aguijon del dolor, el nervio de la austeridad y el corroborante de la privacion; porque lo que se llama hoy dia con un nombre que espero no tendrá jamas enteramente el honor de hacerse frances, el *confortable*, no es por una irrision del lenguaje otra cosa que la universal debilitacion de las almas acelerada por la molicie de los cuerpos; por manera que miéntras por una parte nos autorizamos de la debilidad de nuestros cuerpos para librarnos de la ley de la austeridad, el no admitir la ley de la austeridad contribuye mas y mas á la debilitacion de nuestros cuerpos.

Hé aquí el círculo doblemente vicioso al que nuestro siglo se lleva nuestras generaciones delicadas al traves de todas las contemplaciones de la carne. Y para sacarnos de este círculo, para apartarnos de este desórden que va siempre en aumento, en el que, como en todo desórden, no halla la humanidad otra cosa que debilitacion y decadencia; para restituirmos la fuerza y ponernos otra vez en armonía ¡se viene á proponernos que rehabilitemos la carne! ¡se tiene la osadía de pedirnos que demos á la carne una participacion mayor en la vida, y que disminuyamos poco á poco, para llegar luego á suprimirlo enteramente, lo que ha hecho nuestra fuerza y nuestra restauracion, á saber, el resorte de la austeridad y la ley de mortificacion! ¡O locura, ó irrision, ó ceguedad! ¡Y sin sentir indignarse nuestra dignidad de hombre y nuestra conciencia de cristiano hemos leído los libros y oido los discursos que insultan de tal manera al cristianismo y á la humanidad!

¡Ah, Señores! si quereis saber cómo podeis salir de este círculo fatal en que el error medita encerraros para siempre, yo os lo diré en una sola palabra: Vosotros saldréis por el camino del Calvario. El sensualismo pagano os degrada, y solo la austeridad cristiana tendrá poder de volveros á levantar. Yo decia el domingo último: El orgullo nos ha perdido, la humildad nos salvará. Y hoy añado: La molicie pagana nos pierde, la austeridad cristiana nos salvará. Se os pide la rehabilitacion de la carne, y yo os pido la rehabilitacion del espíritu. Porque lo que es cautivo en nuestros dias, lo que está humillado en nuestros dias, en fin lo que está abatido (yo os lo repito porque nunca lo comprenderéis bastante), no es, no, la carne, es el espíritu.

Así pues, que el espíritu vuelva á levantarse en medio de nosotros, que tome otra vez su imperio en el siglo décimonono, y que lo tome como lo tomó al principio, haciendo tocar su cetro á la cruz de Jesucristo y apoyando su trono sobre la peña del Calvario. Ciertamente, Señores, yo no os pido como ley de vuestra vida la práctica de los mas grandes cristianos. Yo no os digo que os cubrais de sacos, de cilicios, de cadenas de hierro; yo no os digo que templeis como aquellos hombres heróicos la energía de vuestras almas en la sangre de vuestras heridas: pero os digo: Aceptad en cierta medida la ley que es la vuestra, la ley de la austeridad. Tomad de la vida del Calvario la parte que os corresponde, y tened por los heroismos que no podeis imitar, una sincera admiracion y profundos respetos.

¡Ah! ya lo sé: la penitencia corporal, el ayuno, la abstinencia, la disciplina y la flagelacion de los santos hace reir á los pensadores de este tiempo, demasiado sabios para practicar semejantes locuras. Ellos tienen mas miramiento á la carne, mas respeto y sobre todo mas amor al cuerpo; y dicen sonriéndose á la austeridad cristiana: ¡Ascetismo, edad media, fanatismo, demencia!... La verdad es, que castigar voluntariamente el cuerpo para vengar la dignidad del alma ultrajada por sus rebeldías, es una cosa santa y sublime. La verdad es, piensen lo que quieran los falsos sabios, que reducir como san Pablo su propia carne á la servidumbre, no solo para no exponerse á ser un réprobo, sino aunque no sea mas que para estar bien seguro de que no se llegará nunca á ser su esclavo, será siempre un acto de valor y de magnanimidad. La verdad es, que para otorgar á su cuerpo el placer, le basta á cualquiera ser poltron; y para infligir á su cuerpo el dolor voluntario con la mira de obtener la restauracion moral, se necesita ser esforzado, ser verdaderamente grande. En fin, la verdad es, que esta casta de mortificados mantiene en su verdadera altura, mejor que cualquier otra, el nivel de la humanidad; y con el látigo con que se castiga ella misma tiene tambien en su mano la bandera del progreso.

¡Ah! bendito sea Dios! esta casta heróica no se ha extinguido todavía, y tengo la satisfaccion de haceros saber por si acaso tuvierais la desgracia de ignorarlo, que estos heroismos y estas maravillas de la austeridad cristiana no están aun relegados para siempre en el dominio de la arqueología sagrada. Esto pertenece á la historia de nuestro

tiempo. La tradicion del Calvario no se ha olvidado enteramente, y las orgías de un paganismo nuevo no han sufocado en el siglo décimonono las santas austeridades de la cruz. Muchos hay entre vosotros, que debajo de un vestido que satisface á las exigencias del mundo, llevan otro que satisface á las exigencias del Calvario y regocija los ojos del crucificado. A esos tales les grito yo con toda mi alma: Valor, valor á todas las víctimas voluntarias; valor á todos los flagelados, valor á todos los coronados de espinas, valor á todos los estigmatizados de Jesucristo: sí, valor á vosotros todos, héroes de la humanidad que sube de nuevo; precedednos en el camino del Calvario. Si nosotros no podemos seguir de cerca, os seguiremos á lo ménos de léjos, porque vosotros solos estais en el camino que debe seguirse. El camino del progreso como el del Calvario es un camino doloroso: nosotros lo treparémos con vosotros, llevando en las luchas de la carne y las agonías del espíritu la bandera que sola puede guiarnos á nuevos progresos, la bandera de la austeridad cristiana, que triunfará una vez mas en el mundo del sensualismo pagano.

CONFERENCIA QUINTA.

LA POBREZA CRISTIANA, CONDICION Y GARANTIA DEL PROGRESO.

SEÑORES,

El progreso por el cristianismo no es solamente la reaccion de la humildad contra el orgullo, es tambien una reaccion de la austeridad contra el sensualismo. El paganismo adoraba el placer, el cristianismo hizo adorar el sufrimiento; así el mundo fué trasformado, una adoracion sucedió á una adoracion, y desde entónces un mundo pudo suceder á un mundo, porque la humanidad va adonde van sus adoraciones. De la práctica de la austeridad cristiana adquirida en la adoracion de un Dios flagelado, salió una humanidad mas grande por el alma y por el cuerpo que la humanidad pagana. La mortificacion produjo este efecto: ella hizo vivir mas; ella disminuyó el hombre inferior, el hombre de la decadencia; pero engrandeció el hombre superior, el hombre del progreso.

Ahora bien, la reaccion que se verificó diez y ocho siglos hace, debe verificarse tambien hoy día para realizar el progreso en el siglo décimonono. Doctrinas profundamente sensuales renuevan en nuestros días bajo fórmulas cristianas el antiguo paganismo, pidiendo la igualdad del espíritu y de la carne, ó sea la rehabilitacion de la carne. El mal de nuestros tiempos sería la exageracion del imperio del espíritu y la opresion de la carne; y el progreso debería realizarse por un engrandecimiento de los derechos de la carne y una represion de la dominacion del espíritu. Pero todas las realidades de la vida contemporánea prueban por el contrario que la carne reina demasiado, y que su reinado creciente nos amenaza con la barbarie. Luego, si un progreso debe tener lugar, será por la austeridad cristiana, es decir,